

La mirada

Carlos Riccardo

•En principio, la mirada. Algo que provisoriamente se podría llamar la espera de la mirada. Una mirada que espera ver, un ver en espera. Mirada que por el momento sólo se fascina en el fuego del hogar recién encendido, que observa detenidamente una colección de postales que hay sobre la mesa, que se alegra al constatar los colores como más vivos. Mirada que empieza a soltar todas sus pequeñas miradas, laterales, fugaces, e inadvertidas y que al realzar los detalles en el entramado de los matices, las infimas variaciones de los bordes, por alguna arista de luz, se abre.

•Obertura a un doble realce, de las cosas y de la mirada, que va a dar paso al encantamiento de la mirada. A la mirada sorprendida de ver porque lo que mira es como visto por primera vez. Por supuesto, lo que *empieza* a ver es el mundo de todos los días, sólo transformado por la agreste belleza de una casa en las sierras de Córdoba: un arroyo que baja por la montaña, piedras, el resplandor metálico del día nublado, plantas. Sin embargo, este es un mirar que descubre. Muestra la presencia cotidiana del mundo como renovada en el instante, de nuevo revelada.

•El prodigio de esta fascinación de la mirada es que no tiene memoria, como si no estuviera aún marcada por el tiempo, como si fuera el espacio de la acronía del mundo, de la realidad. El mundo puesto allí para sorpresa y revelación. Pero esta mirada que descubre y se descubre mirando, que descorre el velamiento de la costumbre, no es aún la pura mirada, la mirada sin mirada; es todavía un mirar mezclado. (Mezclado porque todavía hay palabras al alcance del ojo para tratar de explicar, de decir; todavía hay pequeños saberes inconscientes, abstractos - incluso físicos o plásticos como el que surge del violeta inmanente detrás de unas

hojas amarillas). Sin embargo, esta mirada si se quiere estética -o poética: ¡se querría escribir!- que abre de lleno la intensidad de lo que es, que nos deja absortos en la contemplación de las cosas, al borde de las palabras, es la frontera con la pura mirada.

•La contemplación vacía es la pura mirada.

•Si antes, en el encantamiento de la mirada, se tenía una sosegada indiferencia por el lenguaje porque este no podía expresar la impresión no intelectualizada de *estar dentro* del paisaje (además, cómo se describiría el viento bajo el alero de la casa, la neutra transparencia del aire, la asfixiante imagen verde en la espesura de una cañas), la experiencia de la pura mirada va a quedar definitivamente inexpresada porque las palabras son de otro orden, incapaces de ver el lugar de esa mirada ya no mirada, parte del sonido de las cosas, autoconciencia de la única mirada justo en el silencio desbordado en el ruido transparente del agua.

•Encantamiento, extremo, de lo real. Mirada en el límite de su capacidad de ver. Hipnosis del paisaje que se adueña de la pura mirada para disolverla en el blanco ensordecedor de la mañana y cegarla, no en una ceguera -la mirada vacía de los ojos ciegos- sino en una desaparición en el paisaje, del paisaje, un engeguencimiento repentino del yo en la absoluta ausencia, como si en ese instante todo se compactara hasta un punto de infinita inexistencia, donde ya nada cabe, ni siquiera la nada de ser uno y se llegara al límite de la propia presencia y se borrara.

•Un doble borramiento: de lo mirado y de lo que podría ver más allá de esa línea donde todo falta, el yo de la mirada en trance a nada. Suspensión fuera, no se sabe adonde, en una hipótesis de lo ininteligible: lo invisible. Lugar donde todo se anula, se vuelve nada. Incluso si desde ese no lugar de la no mirada se viera algo ¿cómo se vería, cómo se representaría? Se andaría a tientas, se palparía el borde de la visión posible -desde el interior sensible que se abre hacia- y se cambiaría lo invisible por una trascendencia a lo imposible. Pero no hay trascendencia de la mirada sino una suspensión -detenimiento del mirar, del

pensar, del ser - que sólo puede ser vista en la sorpresa del retorno, en el preciso instante en que se vuelve a estar aquí, sentado en una piedra, siendo un arbusto más de la montaña, despegándose de la arboladura vacía de lo real en una mirada que otra vez pone perspectiva, profundidad, distancia, y que en realidad sólo muestra que no hay nada que ver, nada que mirar, salvo lo que se presenta aquí, en el fuego blanco de la materia revelada por los ojos.

•(En algún momento el hombre le dio a todo este movimiento de acontecer mágico, de reunión y disolución, un carácter sagrado y después lo pobló de alucinaciones. No se está exento de la imagen, ni de la imaginaria, pero la alucinación primera, si es que se le puede decir así, es lo real; porque la mirada es siempre una construcción de la mente y lo que se ve, libre aún de fantasma, brota con la contundencia maravillosa de una creación).

•Después, el lento regreso a las miradas, como si el declinar en modos fuera propio de la naturaleza de toda mirada. La mirada de la risa -la risa en la mirada-, la mirada deslumbrada por la belleza insaciable de los cuerpos desnudos, que hasta se diría toca los ojos del otro, la piel y el alma de las cosas, la mirada que dibuja, que exagera, que se come infinitamente un grano de arroz y toma el vaso de agua. Pero esto ya forma parte de las expresiones, de las maneras, de los enfoques de cada mirada.

•Por último, la imagen de un fuego y la salamandra de una idea: la luz, su mirada.

Mayo de 1994, Altos de
Río Ceballos